

PRESENTACIÓN

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA E HISTORIA CONCEPTUAL

Faustino Oncina Coves

Universitat de València/ Instituto de Filosofía-CCHS, CSIC,
Madrid

Varias son las razones propiciadoras de esta sección monográfica, que generosamente nos ha cedido la revista *Devenires*. Hay una razón episódica, coyuntural, que a la vez es doble. Por un lado, los artículos que la integran nacieron con ocasión de un Encuentro celebrado entre el 5 y el 6 de mayo de 2008 en la sede del Instituto de Filosofía del nuevo Centro de Ciencias Humanas y Sociales del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid. En ese evento intervinieron miembros de dos proyectos de investigación entrelazados desde sus albores y financiados por el Ministerio de Educación y Ciencia español (ahora rebautizado como Ministerio de Ciencia e Innovación): el dirigido por Concha Roldán: “Una nueva filosofía de la historia para una nueva Europa” (Ref.: HUM2005-02006/FISO), y el coordinado por Faustino Oncina: “Teorías y Prácticas de la Historia Conceptual: un reto para la Filosofía” (Ref.: HUM2007-61018/FISO, cofinanciado por el FEDER). Por otro lado, en el último colabora José Manuel Romero, durante un tiempo profesor en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo de Morelia y en la actualidad adscrito, merced a un contrato del prestigioso programa Ramón y Cajal, al Departamento de Historia I y Filosofía de la Universidad de Alcalá de Henares. A él le corresponde el principal mérito de esta colaboración con *Devenires*, junto al interés especial de todas las instituciones implicadas en tender puentes no sólo entre ambos proyectos, sino primordialmente entre el CSIC y Universidades de dos continentes, rompiendo así una lanza, no meramente de rebote, por la unidad humboldtiana, hoy tan denostada y cada vez

más cuestionada, entre la investigación y la docencia. Desde luego nuestra intención sería profundizar esos vínculos en el futuro e incluso regularizar nuestra cooperación mediante encuentros bilaterales o multilaterales y publicaciones periódicas.

Pero también es menester mencionar una razón de fondo, temática: las sinergias y desafectos entre Historia Conceptual y Filosofía de la Historia. El primer libro de Koselleck, su tesis doctoral, fue catalogado como una crítica a la filosofía de la historia. Recordemos el juicio sumarísimo que sobre dicha tesis doctoral emitió Habermas. En un sentido probablemente poco cándido —basta recordar uno de los alias de la hermenéutica gadameriana— se refería a la obra como una “metacrítica de la filosofía de la historia”. Según el francfortiano, Koselleck entendía —estamos en el quicio de la década de los 50 a la de los 60— la crisis internacional como la expansión planetaria de la guerra civil mundial, cuyo detonante localiza en la Ilustración y en su apoteosis revolucionaria: “El conflicto Este-Oeste adquiere forma en la autocomprensión utópica que le prestan unas filosofías de la historia que compiten entre sí”. Con el ocaso de la “modernidad utópica” en el siglo XX, que se evidencia no tanto en los límites del binomio producción-consumo y del crecimiento del bienestar impulsado por los avances tecnológicos como en la insatisfacción con los roles que ellos nos han asignado, en una vuelta a la sobriedad tras los desmanes del progreso, “perdería su derecho la filosofía de la historia como tal”.¹

La aversión hacia la filosofía de la historia no remitirá con los años, sino que más bien se exacerbará. En una de sus últimas entrevistas a una edad ya proveccta, Koselleck se despachaba contra ella aludiendo —lo que evoca, a pesar del repelús que le da la posmodernidad, el consabido ariete de Lyotard contra los grandes relatos justificadores del terror de la homogeneización— a sus “pretensiones totalitarias”, a “la interpretación optimista y, a la postre, terrorista de la historia universal, para la cual todo lo que pasa constituye y a la ejecución del derecho y la moral”, y denunciando el peligro que arrostra “atribuir razón a la historia”: “sustraernos a nuestra responsabilidad”.² Esta filosofía de la historia usurpadora del hacerse cargo es sólo un vástago más de un tronco torcido que la Historia Conceptual aspira a enderezar y cuyas raíces, ya lo hemos aventurado, se hallan en el siglo de las Luces. Esta es una conclusión a contra-

pelo, axiológica, o mejor dicho, esta patogénesis no se deduce forzosamente de la génesis del concepto, y parece sesgada por lo que esta generación, la denominada “generación escéptica”, reputa de fatal desvío, iniciado en aquella horquilla temporal (la *Sattelzeit*) entre 1750-1850, de la senda liberal conservadora de Alemania. Koselleck realiza una vibrante genealogía del concepto de historia en el momento en que éste deglute y metaboliza una tríada hasta entonces no siempre bienvenida: hechos, relatos y conocimiento de lo pasado; estado de cosas, exposición y ciencia.³ Esta convergencia entre realidad y reflexión es un indicio de que historia y filosofía de la historia son dos hijas mellizas del mismo siglo y en cuya gestación destacan tres hitos: la meditación estética, la moralización de las historias y la formación de hipótesis.⁴ Esas mellizas resultaron, por tanto, del ensamblaje de la prescripción poetológica de sentido de una representación histórica, del mensaje edificante exigido y extraído de la historia y de su construcción racional. En ellas desembocan tres criterios que dejan expedito el tiempo nuevo de la era moderna: la unicidad, la modificación del potencial de pronóstico de las antiguas Historias con el consiguiente protagonismo del futuro y la pérdida del valor ejemplar del pasado.⁵ La aceleración en manos de los partidarios de este enfoque deja de ser un signo de distinción y se muda en una marca de la infamia. Conservación, optimización por vía de la estabilización o ralentización y compensación se tornan la divisa de estos “tradicionalistas de la modernidad”.⁶

La filosofía de la historia, cual ensalmo capaz de erradicar algo inextirpable, la conflictividad ínsita a la condición humana, inspira iguales e incluso mayores recelos a otra de las bifurcaciones de la Historia Conceptual, cuyo adalid fue Joachim Ritter y sus delfines Hermann Lübbe y Odo Marquard, quienes, mediante un sarcástico retruécano, reconvierten el *fiat iustitia, pereat mundus* en *fiat utopia, pereat Germania*⁷ y malversan la célebre tesis undécima feuerbachiana: “El filósofo de la historia se ha limitado a transformar el mundo de diversas maneras; ahora conviene cuidarlo”.⁸ Para ellos Ilustración y sesentayochismo son las dos caras siniestras de la misma moneda, la del moralismo político,⁹ ese espectro que parece recorrer una Europa con manía persecutoria, y su conjuro, la alternativa del *Collegium Philosophicum* de Münster, el virtuosismo del *homo compensator*. Su urbanización de la provincia ritteriana (que recuerda otras urbanizaciones de índole similar¹⁰) mediante la “escisión positivada” (*positiviert*

Entzweiung), la reconciliación del provenir con el porvenir (Koselleck hablaría de espacio de experiencia y horizonte de expectativa), escindidos por una Ilustración desprovista de sentido de la realidad, proporciona una panoplia de estrategias de neutralización de la velocidad galopante, del furor innovador y del encogimiento del presente, engendros de las formas exaltadas de las Luces.¹¹ Todos ellos —que extra muros de la academia se refugiaron en el grupo y foro de encuentro *Poética y Hermenéutica*— cifran el drama de la modernidad (de la mala modernidad, por supuesto, pues no abdican de la buena) en la enajenación de la moral con respecto a la realidad política. ¿Cabe en estos tiempos de plomo para la Filosofía de la Historia, de escepticismo, una reivindicación del centauro, una coyunda entre Casandra y Clío, o más bien un interregno entre ambas¹²? Sobre estas cuestiones han versado algunas obras de nuestros colaboradores en esta sección y versarán varias de las aportaciones que aquí se anuncian. Pero no se nos antoja un anacronismo gratuito realizar una breve digresión sobre uno de los clásicos¹³ de la disciplina, sino que más bien puede coadyuvar a esclarecer las aporías y dilemas que hoy la acosan, amén de rectificar, aun insuficientemente, la imagen distorsionada y aun paródica que en general ofrecen de la Ilustración (y, por ende, de la Teoría Crítica) los historiadores conceptuales.

Kant plantea de modo magistral los asuntos candentes en la filosofía de la historia,¹⁴ pues desde su atalaya reparte desafíos *ontológicos* (¿cuáles son los elementos constitutivos últimos de la historia? ¿Quién es su sujeto —el hombre singular, el género humano, la naturaleza, la Providencia—? ¿Cuál es el polo dominante en la dialéctica entre necesidad y libertad?), *metodológicos* y *epistemológicos* (esto es, la cuestión de los procedimientos de aprehensión del curso histórico: la tensión entre explicación/predicción y comprensión, la compatibilidad entre mecanicismo y teleología, el estatuto nomológico o idiosincrático de sus leyes, la oposición entre holismo e individualismo) y *narrativos* (¿cómo se construye el discurso? ¿Es la historia un artefacto literario? ¿Cómo se relacionan los hechos con la ficción? ¿Tiene ésta alguna función heurística para la historia?). Tanto epígonos como exégetas han continuado rumiando esa cuarta *Crítica* nunca escrita como una obra en el corpus kantiano.¹⁵ Obviamente, no podemos dejar de llamar la atención sobre algunos cabos sueltos: El interés teórico de la idea de la historia permite barruntar una cien-

cia histórica, mas ¿cuál sería su configuración? ¿Es suficiente la afinidad con los postulados para conectarla con el interés práctico de la razón, habida cuenta de que de ella dependía que no quedasen derogados “todos los principios prácticos” (VIII, 19)? Si, además de posibilitar el conocimiento o explicación del pasado, esa idea oficia de arte político de predicción, de “perspectiva reconfortante de cara al futuro” en lo concerniente a nuestro “destino en este mundo” (VIII, 29-30), entonces implica una vindicación de la utopía, la búsqueda del estado político óptimo. Precisamente el énfasis en no reducir la historia a una novela, a una fábula (reprocha a Herder haber transgredido la frontera entre los géneros filosófico y poético¹⁶), se basa en que están en juego los intereses de la razón, el destino de la humanidad.

Sin duda, existe una diferencia entre los utopistas renacentistas y los ilustrados, pues de la espacialización de la utopía se ha pasado a su temporalización, pudiéndose hablar, según una sugerencia orteguiana, de una ucronía,¹⁷ o, para ajustarse a la metáfora propiamente kantiana, de una asíntota.¹⁸ En el primer caso la apertura de la vieja y conocida Europa hacia *terra incognita*, lugares imaginarios auspiciados en parte por el descubrimiento del Nuevo Mundo, no tenía que ver sólo con un espacio de nuevas experiencias, sino con nuevas (y antiguas: la búsqueda del Paraíso) proyecciones. Esto significa un filón de modos de vida social esencialmente diferentes a los vigentes. En el último tercio del s. XVIII se produce un punto de inflexión. Si hasta entonces las utopías eran primariamente espaciales o se declinaban en pretérito, con el globo terráqueo ya bien explorado y el consiguiente agotamiento de las ofertas espaciales, la utopía, inviable en el orbe presente y en el más allá, se evade al futuro y se metamorfosea en filosofía de la historia. Precisamente en el marco de una elucidación del término “idea” en la *Kritik der reinen Vernunft*, se formula la ineludible tarea de una racionalidad política, que a la postre constituirá “la genuina dignidad de la filosofía”, con la vista puesta en “una constitución que promueva la mayor libertad humana de acuerdo con leyes”, y sobre éstas apostilla: “Es muy reprobable el tomar las leyes relativas a lo que *se debe hacer* de aquello que *se hace*” (A314, B370; A316 ss. B373 ss.). Es un comentario premonitorio del próximo ajuste de cuentas con sus adversarios burkianos (y, con un signo distinto, del posterior del kantismo con Hegel y Marx) y prologa el debate actual en Alemania en torno a la normatividad y

facticidad en la filosofía de la historia y a cómo se traban en ésta los lazos cambiantes entre metas éticas y condiciones fácticas.

Su opción por el progreso, temporalización moderna de la utopía, reposa en su aval empírico y en su efecto propulsor. ¿Cuál es su plausibilidad empírica, teniendo en cuenta que “el problema del progreso no se resuelve inmediatamente gracias a la experiencia..., porque nos las habemos con seres que actúan libremente, a los que se puede *dictar* de antemano lo que *deben* hacer, pero de los que no se puede *predecir* lo que harán” (VII,83; *cfr.* V,99). A la vista de la impredecibilidad de la conducta humana y de la indecidibilidad empírica de la idea (pues, de lo contrario, desvirtuaríamos su definición y estableceríamos una ecuación entre idea e ilusión trascendental) descarta la pretensión teórica de una predicción científica de los derroteros políticos y la encuadra en el ámbito de lo que podemos esperar en el porvenir si lo impulsamos acorde con un vademécum racional.¹⁹ Luego entramos de lleno en los dominios de una “historia profética” y de una criteriología *formal* de la misma. En primer lugar y “pese a todo la historia profética del género humano tiene que ligarse con alguna experiencia” (VII, 84), y, en segundo lugar, ha de ser “pensable”, “compatible con la ley moral”, pero opaca a los códigos moralistas particulares²⁰ e inasimilable a las utopías materiales: “la *Atlántica* de Platón, la *Utopía* de Moro, la *Oceanía* de Harrington y la *Severambia* de Allais” (VII, 92). Esta “historia profética” navega entre la Escila del cálculo de Newton y la Caribdis del don de la adivinación de Casandra; no es ni una futurología ni, paradójicamente, una profecía.²¹ *Avant la letre* se formula (y a la par se blindo frente a ella) la objeción vertida hoy desde las huestes analíticas contra una filosofía especulativa de la historia circunscrita a una profecía carente de validez científica,²² o la remedada por el propio Koselleck al equipararla a una implacable planificación de tinte orwelliano, una vez calcinados los campos de intervención humana y extirpada la contingencia. En suma, la filosofía de la historia acabaría prescindiendo —eliminándolos, afirmará Marquard— de los hombres. Paradójicamente, el profesor de Bielefeld²³ *no lens volens* tendría aquí en el de Königsberg a un aliado. Tampoco cabe interpretarla al trasluz del jacobinismo, del mito de la absoluta factibilidad o disponibilidad de la historia,²⁴ porque el deber de fundar una república no conlleva la necesidad de la acción directa, sino que en este caso entra en liza la *coyuntura* de la plasmación de la idea en la

trama histórica. Kant apunta muy sutilmente a sus detractores, que ignoran la necesaria distancia entre la idea y su realización (*KrV* A317 B374), la brecha incancelable entre intenciones y realidades.

En otro canon ilustrado de la filosofía de la historia, *La educación del género humano*, ya conectaba Lessing el fanatismo con el ritmo ultraveloz del cumplimiento de la idea de perfección de la humanidad, el fundamentalismo con el rigorismo instantáneo.²⁵ En otros términos, los visionarios, que en su individualidad ambicionan encarnar a todos sus congéneres, han traducido históricamente el imperativo categórico en un imperativo *velocífero*.²⁶ La discriminación y la violencia son las secuelas funestas de semejante traducción inmediata. Para contrarrestarlas es necesario diseñar un sistema de esclusas capaz de regular y frenar la corriente impetuosa y devastadora que han desencadenado y puesto en marcha, sin reparar en sus eventuales pavorosos resortes y bumeranes, las intenciones buenas. Esa es la misión de lo que Kant llama *sabiduría política* (*Staatsweisheit*) y *leyes permisivas* de la razón. El abrupto acortamiento del tiempo prototípico del *pathos* apocalíptico, secularizado, aun con sus diferencias, en la aceleración moderna, no concuerda, en nuestra opinión, con la dialéctica de la Ilustración (este asunto de la mundanización, bajo la signatura de la filosofía de la historia, de la escatología cristiana, de la transposición de metas extrahistóricas a intrahistóricas, colea desde entonces y en absoluto quedó zanjado por la controversia entre Karl Löwith, Carl Schmitt y Hans Blumenberg²⁷). En la dicción del sarcástico Marquard, sin embargo, no sólo en la teodicea detectamos el germen de la filosofía de la historia, sino que ésta es, a la postre, teología de la historia, abocando al mismo corolario y padeciendo ambas igual penuria: la desaparición de la divinidad y de los humanos.²⁸ Por otro lado, Koselleck se aferra a la *Segunda intempestiva* para arremeter contra una de las secuelas del surgimiento del colectivo singular²⁹ —la “historia en y para sí” (*an und für sich*), la “historia misma” (*selbst*) o la “historia como tal” (*überhaupt*)—: la prepotente coacción para atribuirle sentido. Nietzsche³⁰ entrega la carta de despido a los cuatro axiomas de la filosofía de la historia fundamentales para el concepto moderno de historia, y lo hace mediante la negación de la teleología —*causa finalis*— y de la necesidad —*causa efficiens*—, la impugnación de la sobrecarga de la justicia y el rechazo de la metafórica de la edad, y mudando el topos *Historia magistra vitae* por el de *ancilla vitae*. Se trata de un adiós más.³¹

ahora le toca el turno a la historia como ejecutora de la moral, como tribunal o como coartada.

En poco tiempo han aparecido en nuestro idioma enjundiosos trabajos sobre Historia Conceptual, si bien últimamente la iniciativa la llevaban los historiadores (*Ayer*³² y *Revista de Estudios Políticos*³³). Un tanto rezagados —pero tampoco tanto, pues los historiadores no nos han mirado de soslayo en su labor a quienes cultivamos este tema desde la orilla filosófica, han buscado nuestra cooperación y existe además una empresa pionera y hasta precursora, la publicación *Res publica*—, empezamos ahora, si no a sacar pecho, al menos a atrevernos a asumir el reto que, en medio del desdén que le prodigaron sus colegas, lanzó Koselleck en la época de máxima desorientación de su disciplina. El problema no residía en una parca práctica historiográfica, sino en un déficit teórico.³⁴ El trabajo de la Historia Conceptual con respecto a la Filosofía de la Historia es primordialmente genealógico e hipertróficamente crítico (por desgracia, no en el sentido literal foucaultiano, aunque algunos desarrollos díscolos no lo desdeñan, sino que intentan integrar ingredientes del orden del discurso en la semántica histórica³⁵).

En un breve lapso temporal la constelación de contribuciones teóricas se ha ampliado. A la sección que le dedicó *Isegoría* en su último número, se añade un número monográfico de *Conceptos. Revista de Investigación Graciana* —confiemos en que no sea su único hijo bastardo³⁶—, al que han seguido el libro *Teorías y prácticas de la Historia Conceptual*, en Plaza y Valdés/CSIC, en la colección *Theoria cum praxi* que auspicia el Departamento de Filosofía Teorética del Instituto que hizo de anfitrión del Encuentro³⁷ al que nos referimos al inicio de esta Presentación.

Notas

1. J. Habermas, “Crítica de la filosofía de la historia” (1960), en *Perfiles filosófico-políticos*, Madrid, Taurus, 1975, pp. 383 ss.

2. “Historia(s) e Histórica. Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt”, en *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política* (Madrid), nº 29 (2003), pp. 211, 214.

3. Reinhart Koselleck, *historia/Historia*, traducción e introducción de Antonio Gómez Ramos, Madrid, Trotta, 2004, pp. 44 ss.

4. *Ibíd.*, p. 47.
5. *Ibíd.*, pp. 74 ss.
6. “Sobre la inevitabilidad de las ciencias del espíritu” (1985), en Odo Marquard, *Apología de lo contingente*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2000, p. 116.
7. “Por ello [la experiencia del 68] mi escepticismo se convirtió en rechazo de los conformismos negativos, del *fiat utopia, pereat mundus*, y di un paso hacia identificaciones débiles: con la brevedad de la vida; con las compensaciones; con el mundo moderno; con la República Federal Alemana; con la civilidad; con el pequeño mundo del Hessen central” (O. Marquard, “Autopresentación” [1995], en *Filosofía de la compensación*, Barcelona, Paidós, 2001, p.14). Véase Jens Hacke, *Philosophie der Bürgerlichkeit. Die liberalkonservative Begründung der Bundesrepublik*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2006.
8. O. Marquard, *Las dificultades con la filosofía de la historia* [1973], Valencia, Pre-Textos, 2007, p.19.
9. H. Lübbe, *Politischer Moralismus. Der Triumph der Gesinnung über die Urteilskraft*, Berlín, Corso bei Siedler, 1987.
10. J. Habermas, “Hans-Georg Gadamer. Urbanización de la provincia heideggeriana” [1979], en *Perfiles filosófico-políticos*, pp. 346 ss. La reseña de Koselleck incluida en este mismo volumen podría haberla titulado asimismo “Reinhart Koselleck. Urbanización de la provincia schmittiana” (*op. cit.*, pp. 383 ss.). Véase Faustino Oncina, “Experiencia y política en la historia conceptual”, en *Res publica*. Revista de la historia y el presente de los conceptos políticos (Murcia), 1 (1998), p. 107.
11. O. Marquard, “Ilustración con sentido de la realidad. Para el 70 aniversario de Hermann Lübbe”, en *Filosofía de la compensación*, Barcelona, Paidós, 2001, pp. 121-12; “Zukunft und Herkunft. Bemerkungen zu Joachim Ritters Philosophie der Entzweiung”, en Kurt Röttgers (ed.), *Politik und Kultur nach der Aufklärung. Festschrift Hermann Lübbe zum 65. Geburtstag*, Basilea, Schwabe, 1992, pp.104-107.
12. Concha Roldán, *Entre Casandra y Clío. Historia de la Filosofía de la historia*, Madrid, Akal, 1997; Antonio Gómez Ramos, *Reivindicación del centauro. Actualidad de la filosofía de la historia*, Madrid, Akal, 2003; Johannes Rohbeck, *Geschichtsphilosophie zur Einführung*, Hamburgo, Junius Verlag, 2004; *ibíd.*, “Por una filosofía crítica de la historia”, en *Isegoría*. Revista de Filosofía Moral y Política, 36 (2007), pp. 63-79.
13. No conviene olvidar la tesis doctoral de O. Marquard, *Skeptische Methode im Blick auf Kant* [1954], Freiburg i. B., Alber Verlag, 1958, ni la habilitación, inédita, de su alma gemela, H. Lübbe, *Transzendentalphilosophie und das Problem der Geschichte* [1956].
14. Un recuento de algunos de esos asuntos los hallamos reelaborados en Manuel Cruz, *Filosofía de la historia*, Barcelona, Paidós, 1991.
15. Desde Dilthey con su proyecto de *Crítica de la razón histórica* (ed. de Hans-Ulrich Lessing, Barcelona, Península, 1986) hasta, entre nosotros, R. R. Aramayo y su

Crítica de la razón ucronica (Madrid, Tecnos, 1992), no se ha dejado de dar vueltas a esa obra pendiente. Las referencias a Kant remiten a la edición de la Academia. Bastará con hacer constar el volumen y la página.

16. Herder, en su “proyecto de querer explicar lo que uno no entiende a partir de aquello que entiende menos todavía“, acaso haga literatura, pero no filosofía: “¿Qué puede aducir pues el filósofo para justificar su pretensión, a no ser la mera desesperación por encontrar tal explicación en cualquier conocimiento de la Naturaleza, buscando esa apremiante resolución en el fecundo campo de la ficción poética?” (VIII, 54). Y más adelante continúa su tono irónico e implacable: “Pero mucho menos nos proponemos investigar aquí si el espíritu poético que aviva la expresión no se ha infiltrado a veces en la filosofía del autor, si los sinónimos no se hacen pasar de cuando en cuando por explicaciones y las alegorías por verdades, o si los cruces entre los terrenos colindantes de la filosofía y el lenguaje poético no han trastocado por completo en ocasiones los lindes y dominios de ambos, ni si en muchos lugares la trama de audaces metáforas, de figuras poéticas, de alusiones mitológicas, no ha servido precisamente para ocultar el cuerpo de los pensamientos como bajo una especie de miriñaque, en lugar de para insinuarlo bajo un velo transparente” (*ibid.*, 60; *cfr.* VIII, 109-110). Estos puntos los he abordado de manera más exhaustiva en “Storia morale e politica morale”, en Luca Fonesu (ed.), *Etica e mondo in Kant*, Bolonia, Il Mulino, 2008, pp. 297-316.

17. El tono, no obstante, que adopta Ortega y Gasset al hablar del ucronismo moderno es irónico e incluso despectivo: El racionalismo “reconoce que, por el momento”, la idea no se puede realizar, pero que lo logrará en “un proceso infinito” (Leibniz, Kant). El utopismo toma la forma de ucronismo. Durante los dos siglos y medio últimos todo se arreglaba recurriendo al infinito, o por lo menos a períodos de una longitud indeterminada... Como si el tiempo, espectral fluencia, simplemente corriendo, pudiese ser causa de nada y hacer verosímil lo que es en la actualidad inconcebible” (*Obras completas*, Madrid, Revista de Occidente, 1962, vol. III, p. 238).

18. “si la especie supone el conjunto de una serie de generaciones que se extiende hasta el infinito y se acepta que tal serie se aproxima incesantemente a la línea de su destino, entonces no resulta contradictorio sostener que esta línea del destino es asíntotica a cada uno de los puntos de la línea generacional y coincide con ésta en el todo. Es competencia del matemático aclarar esta metáfora; la tarea del filósofo consiste en afirmar que el destino del género humano en su conjunto es un progresar ininterrumpido” (VIII, 65).

19. “desde luego, con una certeza que no basta para pronosticar (teóricamente) el futuro, pero sí resulta suficiente desde un punto de vista práctico para convertir en un deber el hecho de trabajar en pro de tal meta [de la paz perpetua] y no tenerla por una mera quimera” (VIII, 368).

20. VIII, 373-375. Estos autores —Gentz, Rehberg y Garve— definen la política como una “teoría a partir de la experiencia” (*Theorie aus Erfahrung*) (Kant-Gentz-Rehberg,

Über Theorie und Praxis, Frankfurt, Suhrkamp, 1967, pp.103, 127, 158), y por tanto capitulan ante ella, jactándose de una estrategia que Kant, sin embargo, tacharía de “indigna de un filósofo” (KrV A316 B373). Kant la caricaturiza como pseudopolítica (Afterpolitik) (VIII, 385).

21. Rememorando la perniciosa influencia de los “profetas judíos”, a la pregunta de ¿cómo es posible una historia a priori?, responde: “Muy sencillo, cuando es el propio adivino quien causa y prepara los acontecimientos que presagia” (VII, 79-80).

22. A. C. Danto, *Historia y Narración. Ensayos de Filosofía Analítica de la Historia*, Barcelona, Paidós, 1989.

23. “El azar como residuo de motivación en la historiografía”, en *Futuro pasado*, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 155 ss.

24. “Sobre la disponibilidad de la historia”, en *Futuro pasado*, pp. 251-266.

25. “[87 Algunos fanáticos de los siglos XIII y XIV tal vez captaron una ráfaga de ese nuevo Evangelio eterno y se equivocaron solamente al anunciar tan próxima su irrupción. [...]]” 89 Sólo que lo aceleraron, sólo que creyeron poder convertir de golpe a sus contemporáneos, salidos apenas de la niñez, sin ilustración ni preparación, en varones dignos de esa su tercera edad. []” 90 Y eso es lo que los convertía en fanáticos. El fanático obtiene a menudo muy justas visiones del futuro, pero es incapaz de esperar ese futuro. Desea su pronta llegada y ser él mismo quien lo acelere. Lo que le cuesta a la Naturaleza mil años ha de cumplirse en el instante de la existencia del fanático. Pues ¿qué va a tener él de eso, si lo que considera lo mejor no se convierte ya en lo mejor durante el tiempo de su vida? [...]. []” 91 [...]. No es cierto que la línea recta sea siempre la más corta”. Las consecuencias políticas de estos aforismos de La educación las extrae en el quinto de los Diálogos para francmasones, coetáneos de los anteriores. En contraste con la actitud ilustrada de saber esperar, los ilusos iluminados, los revolucionarios, “fundan su reino con las armas en la mano”, teniendo que pagar un peaje cruento que no se compadece con el ideal de la tolerancia “Lo que cuesta sangre no vale la pena de la sangre”.

26. Tomo prestada esta creación léxica de Goethe (carta a Nicolovius de noviembre de 1825, en *Goethes Briefe*, IV, Hamburgo, 1967, p. 159). “*Veloziferisch*” surge del cruce entre “*velocitas*” y “*Luẏifer*”. He reflexionado acerca del nexo de este elocuente neologismo con la historia conceptual en dos trabajos: “Historia conceptual, Histórica y modernidad velociferina: diagnóstico y pronóstico de Reinhart Koselleck”, en *Isegoría* (Madrid), 29 (Diciembre 2003), pp. 225-237; y “La modernidad velociferina y el conjuro de la secularización”, Introducción a Reinhart Koselleck, *Aceleración, prognosis y secularización*, Valencia, Pre-Textos, 2003, pp. 11-33.

27. Destacaremos en este contexto, respectivamente, una obra de cada uno de ellos: *Weltgeschichte und Heilgeschehen. Die theologischen Voraussetzungen der Geschichtsphilosophie*, Stuttgart, 1953, 3ª ed. (ed. cast. *El sentido de la historia*, Madrid, 1973); *Politische*

Theologie. Vier Kapitel zur Lehre von der Souveranität, München-Leipzig, 1922 (ed. cast. *Estudios políticos*, Madrid, 1941) y *Politische Theologie II. Die Legende von der Erledigung jeder Politischen Theologie*, Berlín, 1970); *Legitimität der Neuzeit* (con una parte fundamental: *Säkularisierung und Selbstbehauptung* de 1974 incorporada más tarde a una nueva edición de este libro), Frankfurt a. M., Suhrkamp, 1988. En la historia conceptual y entre los historiadores conceptuales hay contribuciones memorables: W. Conze, “Säkularisation, Säkularisierung”, en O. Brunner, W. Conze y R. Koselleck (eds.), *Geschichtliche Grundbegriffe*, V, Stuttgart, 1984 (1994 2ª ed.), pp.789-829; G. Marramao, “Säkularisierung”, en: J. Ritter y K. Gründer (eds.), *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, VIII, Basilea, 1992, pp.1133-1161; íd., *Cielo y tierra. Genealogía de la secularización*, Barcelona, Paidós, 1998 (en ambos trabajos asimila ideas del primer escrito de Koselleck que traducimos, de cuya versión italiana —incompleta— es el responsable); Hermann Lübbe, *Säkularisierung. Geschichte eines ideenpolitischen Begriffs*, Freiburg-München, Alber, 1965; R. Koselleck, “Acortamiento del tiempo y aceleración. Un estudio sobre la secularización”, en *Aceleración, prognosis y secularización*, pp. 37-71.

28. “Y este asunto, como ha resaltado Koselleck, fue y ha seguido siendo un procedimiento judicial, un proceso, la historia universal ha seguido siendo el juicio final: al principio —en la teología— Dios juzgaba a los hombres, después —en la teodicea— los hombres han juzgado a Dios, a continuación —en la crítica— los hombres se han juzgado a sí mismos; y finalmente, cuando esa clase de sospecha y acusación permanentes contra sí mismos se volvió demasiado penosa, los hombres —al tiempo que obligaban a la crítica a transformarse en filosofía de la historia absoluta— decidieron transformarse en aquello que los hombres no pueden ser realmente: inimputables absolutos, un absoluto que no juzgamos porque él ya se juzga a sí mismo. Por esa razón, los hombres —tal es la consecuencia de esa permanente fuga en la filosofía de la historia moderna desde el ‘tener conciencia’ hasta ‘ser la conciencia’— ya no son verdaderamente hombres cuando se transforman en el absoluto. Así como la teodicea —si mi visión es correcta— se consume con la eliminación de Dios, igualmente la filosofía de la historia, devenida absoluta en nombre del ser humano, se consume con la eliminación del ser humano” (*Las dificultades con al filosofía de la historia*, pp. 24-25).

29. R. Koselleck, *historia/Historia*, Madrid, Trotta, 2004, pp. 27 ss.

30. R. Koselleck, “Vom Sinn und Unsinn der Geschichte”, en *Merkur*, 577 (1977), pp. 328 ss. Cfr. Friedrich Nietzsche, “De la inutilidad y los inconvenientes de la historia para la vida”, en *Schopenhauer como educador y otros textos*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1996, pp. 53-134.

31. Con inevitables reminiscencias del *Adiós a los principios* [1981] (València, Institutió Alfons el Magnànim, 2000) de O. Marquard.

32. Véase el Número Monográfico sobre “Historia de los conceptos”, en *Ayer* (Madrid), 53/2004 (1).

33. Véase el Número Monográfico sobre “Historia, Lenguaje y Política”, en *Revista de Estudios Políticos* (Madrid), 134 (octubre-diciembre 2006).

34. R. Koselleck, “Über die Theoriebedürftigkeit der Geschichtswissenschaft” [1972], en *Zeitschichten*, Frankfurt a. M., Suhrkamp, 2000, pp.298-316.

35. D. Busse, *Historische Semantik. Analyse eines Programms*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1987.

36. N° 5 (2008). Este número ha sido coordinado por Elena Cantarino.

37. Como colofón de este Encuentro Luca Fomesu (Universidad de Pavía) hizo un escrutinio conceptual de nociones clave de la filosofía práctica: “Per la storia dei concetti normativi: comandi e consigli”. Esta aportación aparecerá en la revista *Isegoría*.